

14748

Setiembre 12/
1873

LIMA.

GALERIA LÍRICO-DRAMÁTICA

HISPANO-LUSITANA.

Calle de Hortaleza, núm. 5, Madrid.



1735

MADRID:—1873.

IMPRESA A CARGO DE J. J. DE LAS HERAS,
Calle de San Gregorio, 5.

ÍNDICE

DE LAS OBRAS DE ESTA GALERIA.

- REY SIN CORONA, drama en tres actos y en verso, original de D. José Alvarez Sierra.—Actrices dos; actores cinco.—Precio 8 rs.
- D. DEOGRACIAS, juguete cómico-lírico en un acto y en verso, original de D. Fernando Alarcon.—Actrices dos; actores cuatro.—Precio 4 rs.
- NO MAS POLITICA, juguete cómico-lírico infantil en un acto, en verso y original de D. Pelayo del Castillo.—Actrices dos; actores tres.—4 rs.
- PERDER LAS ILUSIONES, comedia en un acto, arreglada del francés, por don Luis Pacheco.—Actriz una; actores dos.—4 rs.
- MI VECINO Y MIS AMORES, comedia en un acto, arreglada del francés por D. Luis Pacheco.—Actrices dos; actores dos.—4 rs.
- MADRID EN 1882, juguete lírico-fantástico en un acto, en verso y original de D. Pelayo del Castillo.—Actrices una; actores cuatro.—4 rs.
- CONSECUENCIAS, drama en tres actos y en verso, original de D. Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices tres; actores tres.—8 rs.
- EL ROSARIO DE MI ABUELA, comedia en tres actos, en verso y original de D. Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices dos; actores cuatro.—8 rs.
- SUSANA, drama en dos actos y en verso, original de D. Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices cuatro; actores cuatro.—6 rs.
- LA NIÑERA, zarzuela en un acto, arreglada del francés por D. Luis Pacheco.—Actrices una; actores dos.—4 rs.
- LAZOS DE LA NIÑEZ, zarzuela en un acto y en verso, original de D. Luis Pacheco.—Actrices una; actores dos.—4 rs.
- ¡DEBE ENGAÑARLA! comedia en un acto, original de D. Luis Pacheco.—Actrices dos; actores cuatro.—4 rs.
- CADA UNO EN SU CASA.... comedia en tres actos y en verso, original de don José Segarra.—Actrices dos; actores cuatro.—8 rs.
- LA DESHONRA, drama en cinco actos y en prosa, arreglo de D. Manuel Noguerras.—Actrices cuatro; actores nueve.—10 rs.
- PAZ OCTAVIANA, juguete cómico en un acto, tomado del francés por D. Manuel Noguerras.—Actores cinco.—4 rs.
- CORBATA ROJA, juguete cómico en un acto, arreglado del francés por D. Manuel Noguerras.—Actrices dos; actores tres.—4 rs.
- LOS DOS SOBRINOS Y EL TIO, comedia en un acto y en verso, original de don José Conde Souleret.—Actrices dos; actores cuatro.—4 rs.
- ROMPER CADENAS, drama en tres actos y en verso, original de D. Luis Blanc.—Actrices cuatro; actores nueve.—8 rs.
- LA DAMA BLANCA, zarzuela en tres actos y en verso, original de D. Geronimo Morán.—Actrices tres; actores cinco.—8 rs.
- FRA-DIAVOLO, zarzuela en tres actos y en verso, arreglada por D. Geronimo Morán.—Actrices dos; actores once.—8 rs.
- LAS DAMAS DE LA CAMELIA, zarzuela en un acto y en verso, original de don Geronimo Morán.—Actrices tres; actores tres.—4 rs.
- DE SUSTO EN SUSTO, zarzuela en dos actos y en verso, original de D. Emilio Alvarez.—6 rs.
- EL HOMBRE PERRO, juguete cómico en un acto, original de D. Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices dos; actores dos.—4 rs.

J. de Lima

EL RAMO DE FLORES.

COMEDIA EN TRES ACTOS, ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. FLORENCIO MORENO GODINO

Y

D. LUIS PACHECO.

ESTRENADA CON GRAN ÉXITO EN EL TEATRO DE LOPE DE
RUEDA LA NOCHE DEL 9 DE MAYO DE 1873.

MADRID:

IMPRENTA A CARGO DE J. J. DE LAS HERAS,
calle de San Gregorio, núm. 5.
1873.

PERSONAJES.

ACTORES.

CLOTILDE.....	D. ^a María Rodríguez.
LAURA.....	Emilia Vallarino.
PABLO.....	D. José Fidel Lopez.
DOCTOR.....	José Montenegro.
RICARDO.....	Antonio Escanero.
D. PEDRO SANCHEZ.....	Antonio Hernandez.
FRANCISCO.....	Sebastian Gamez.

D. LUIS PACHECO.

Esta comedia, y todas las obras que publique la GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA HISPANO-LUSITANA, son de la exclusiva propiedad de D. Joaquín Guillermo de Lima, quien perseguirá ante la ley á quien las reimprima, traduzca ó represente sin su permiso, etc.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Jardin.—Verja en el foro con puerta. A la derecha, primer término, un nicho con una Virgen, alumbrada por un farol, que á su tiempo se enciende; al lado un árbol, y al pie del árbol un banco. A la izquierda, primera caja, un pabellon corpóreo con un balcon que dé frente al público, por el cual se pueda ver cuanto ocurra dentro; su puerta frente á la Virgen. Muebles de lujo en el interior del pabellon.

ESCENA PRIMERA.

PABLO.—RICARDO.—D. PEDRO.

PABLO. ¡Me equivoqué!... (*Bajando del foro.*) Desde esta mañana no tengo en el oído más que el pito de la locomotora.

PABLO. ¿Espera usted á alguien?

PEDRO. Si señor; hace siete meses que estoy esperando. Soy el hombre más desgraciado de la tierra!

RICARDO. ¿Pues cómo?

PEDRO. Hace siete meses que el Gobierno, deseando premiar mis trabajos revolucionarios, me encargó de una comisión en el extranjero, separándome de mi mujer. Al salir de Madrid, pensé que nuestro divorcio por orden gubernamental, sería cuestion de dos ó tres meses á lo sumo. ¡Pero cá! Se han ido pasando los días, y las semanas, y los meses, hasta que por fin, terminado mi encargo, escribí á mi Laura que regresaba á mi cara patria, y que puesto que ya comienza el buen tiempo, viniera aquí á reunirse conmigo.

- RICARDO. Entonces pronto va usted á salir de penas.
- PEDRO. ¡Cál! No señor. Llegué aquí ayer, y cuando me regocijaba pensando en la feliz vida que iba á hacer con mi mujer, á quien ya creía aquí, me dan esta carta: «Amigo Perico:»—A mí mi mujer me llama Perico.—«Estoy algo indispuesta y no me atrevo á ponerme en camino. De suerte que, hasta el 13 ó el 14, no podré tener el gusto de abrazarte.» Ayer fue 13.
- RICARDO. Sí, y hoy 14.
- PEDRO. Pues por eso aguardo con ansiedad á mi mujer, que debe llegar de un momento á otro acompañada de su madre y de su hermana.
- RICARDO. (¡Clotilde?... ¡Una nueva complicación!)
- PEDRO. ¿Si supiera usted, amigo mío, el ánsia que tengo por ver á mi Laura? ¿Si usted supiera lo que son siete meses de separación conyugal?
- RICARDO. No lo permita Dios.
- FRANCISCO (Saliendo). El doctor Velez.
- PEDRO. ¡Ah! Sí, que pase. El médico del pueblo, á quien he hecho avisar por si mi mujer llegaba indispueta.

ESCENA II.

DICHOS.—EL DOCTOR.

- DOCTOR. Señores... (Saludando.)
- RICARDO. ¡Señor de Velez!
- DOCTOR. Amigo Ricardo, ¿usted por esta casa?
- RICARDO. Eso mismo iba á decirle. ¿Usted en este pueblo?
- DOCTOR. Sí; cansado del bullicio de la corte, y habiendo hecho, más bien gracias á mi suerte que á mi inteligencia, una modesta fortuna, decidí retirarme á disfrutar de la vida pacífica.
- RICARDO. Y sin embargo, sigue usted ejercitando su noble profesión.
- DOCTOR. Eso siempre. Ahora me dedico á los pobres.
- PABLO. ¿Con que se conocían ustedes?
- DOCTOR. Ya hace tiempo; y me extraña encontrar aquí á este caballerito, que tanto brillaba en la corte.
- RICARDO. Pues ahí verá usted. He venido á asuntos propios largos de contar; y por de pronto ofrezco á usted mi modesta habitación en la inmediata posesión del marqués de...
- PEDRO. ¡Chist!... ¿Llegó el tren? (Prestando atención.)

RICARDO. No señor, no llega nada. Figúrese usted, Doctor, un marido separado durante siete meses de su mujer.

DOCTOR. Sí, ya me hago cargo.

RICARDO. Figúrese usted los felices días que esperan al señor don Pedro cuando llegue su adorada cónyuge. Aquí en esta magnífica hacienda, tan perfectamente situada.

PEDRO. ¡Oh! Eso sí. (*Señalando.*) Allí el mar. Allí Badalona. A este lado la soberbia posesión del Marqués. ¡Esto es un paraíso!

RICARDO. Donde solo falta la Eva del señor don Pedro.

PEDRO. Me he tomado la libertad de avisar á usted por si mi mujer, á quien espero do un momento á otro, llega indispueta.

DOCTOR. Comprendo esa prevision, tanto, que usted me permitirá que, mientras me limpio el polvo del camino, envíe al pueblo por mi botiquin de homeopatía.

PEDRO. ¡Oh! Si señor. Francisco irá en una carrera.

RICARDO. ¿El famoso botiquin?... Y á propósito, ¿conserva usted en él aquel precioso frasco tallado en esmeralda, en donde encerraba usted su maravilloso específico?

PEDRO. ¡Hola! ¡Un específico!

RICARDO. ¡Estupendo, señor don Pedro! Un narcótico confectionado por el Doctor... como si digéramos, Morteo encerrado en una redoma, como nos cuentan del buen marqués de Villena.

DOCTOR. Con la diferencia, aunque usted se burle, que yo no he pretendido descubrir el elixir de la inmortalidad, sino el medio de producir la muerte aparente.

PEDRO. A ver, Doctor... espíquese usted.

DOCTOR. Nada, señor don Pedro; es muy sencillo. Se reduce á un narcótico, que bebido, olfateado ó tocado, causa instantáneamente la insensibilidad absoluta. Si don Ricardo no fuese tan... frívolo, no se admiraría de un descubrimiento que ya casi no lo es, merced á los adelantos de la ciencia.

RICARDO. ¡Oh! no; comprendo que es un talisman precioso, sobre todo en mano de los criminales.

DOCTOR. Más precioso de lo que usted cree.

RICARDO. ¡Já! já! já!...

DOCTOR. ¿Se rie usted?

RICARDO. Doctor, sin que usted se ofenda...

DOCTOR. ¿No cree usted en él?
RICARDO. Mejor es dudar.
DOCTOR. Mejor es creer; y yo le ofrezco, que antes de mucho, se convencerá usted de ello.
RICARDO. ¿Va usted á tratar de narcotizarme?
DOCTOR. No; voy á conseguirlo. Y mientras llega ese instante, usted me permitirá, señor don Pedro, que me ponga un poco más presentable.
PEDRO. Cuando usted guste, Doctor, y al mismo tiempo encargaremos á Francisco que vaya á buscar el botiquín.
DOCTOR. Vamos, pues.
PEDRO. Vamos.
DOCTOR. Lo dicho, dicho, don Ricardo.— Caballero... (Saluda á Pablo.)
PABLO. Beso á usted la mano.
RICARDO. Doctor... lo dicho, dicho.

ESCENA III.

PABLO. — RICARDO.

RICARDO. Y ahora que estamos solos, ¿me quieres decir qué es lo que tienes? (A Pablo, que ha estado sentado en el banco, meditando.)
PABLO. No lo sé.
RICARDO. Mientes. Y no con el objeto de engañarme á mí, sino creyéndote engañar á tí mismo. ¡Desgraciado el sér que no se atreve á darse cuenta de sus desdichas!
PABLO. Tienes razon.
RICARDO. Pablo, tú estás enamorado.
PABLO. ¿Yo?... (Levantándose.)
RICARDO. A qué negarlo. Esta mañana, cuando te encontré en este jardín, te vi registrando los troncos de los árboles; ¿qué buscabas en ellos?
PABLO. Buscaba...
RICARDO. ¿Una carta?
PABLO. Sí.
RICARDO. ¿Un billete amoroso?
PABLO. Precisamente.
RICARDO. ¿Y el no haberlo encontrado es lo que ha producido tu desesperación?
PABLO. No es eso.
RICARDO. ¿Que no?
PABLO. Hay, en efecto, una intriga amorosa con cierto joven... con cierta señora...

- RICARDO. ¿De esta casa?
- PABLO. Yo no he dicho...
- RICARDO. No; he sido yo quien lo ha adivinado. Vamos á ver... En esta casa, ó cerca de ella, no hay más jóvenes que Luisa, la hija de mi tutor.
- PABLO. (¡Luisa!) Estás equivocado.
- RICARDO. Entonces... su madre.
- PABLO. ¿Te burlas, Ricardo?
- RICARDO. ¡No sé por qué me lo preguntas! Si es esta casa, no hay más mujeres que dos... ¡y no es la una...?
- PABLO. ¡Ah! ¿Estás enamorado de mi tutor?
- RICARDO. ¡Ahur! (Se va y Ricardo le deliene.)
- PABLO. Ven aquí, y dejemos, pues que no nos interesa, el nombre de tu Filis. Estás perdidamente enamorado, con ese amor puro y desinteresado, que los poetas bucólicos colocan en el corazón de sus pastores; pues te advierto, chico, que el siglo ha cambiado, y que hoy es todo prosa y egoísmo lo que entonces era poesía y desinterés. ¿Con que la amas?...
- PABLO. No.
- RICARDO. ¡Ay! ¡Pablo, tú estás muy malo!
- PABLO. No; lo que yo siento es despecho.
- RICARDO. Despecho y amor, los compañeros más inseparables. Sigue.
- PABLO. Cuando pienso que me ha citado seis veces en ese... (señalando al pabellón) en su pabellón, y que no la he encontrado ni una sola...
- RICARDO. ¿Y antes de esas seis veces?
- PABLO. La veía todas las noches.
- RICARDO. ¿Y qué sucedió la última?
- PABLO. Que llegué y la encontré dormida sobre un diván.
- RICARDO. ¡Ja! Y respetaste su sueño... Pero, desgraciado, no sabes que el sueño de la inocencia es el precipicio de la virtud? Y tú, nuevo José, huirías de ella?...
- PABLO. Sí.
- RICARDO. ¡Ja! ¡ja!... ¡Infeliz! Oye esta máxima, y tenla muy presente: Jamás la casualidad unió al sueño y á la virtud estando de centinela el amor.
- PABLO. ¡Qué pensamientos!
- RICARDO. Los que debe tener el que, como yo, conoce la sociedad en que vivimos; y, sin embargo, no he sido feliz hasta que la he tratado como se merece.
- PABLO. Es decir que para ti...
- RICARDO. Para mí, el que hoy no es malo, es... porque no puede serlo, porque no se ha presentado quizás la

ocasion de serlo, ó porque ha nacido predestinado á ser la víctima de sus semejantes. Tengo la seguridad que todos esos santos varones, modeló de virtudes, que nos ha canonizado la Iglesia, pasaron una vida mucho más desastrosa que la de sus verdugos; y como más vale pájaro en mano que ciento volando, disfrute yo en esta vida placeres sin cuento, que las segundas partes siempre fueron malas.

PABLO. Ricardo!...

RICARDO. Nada, chico; los momentos de placer son raros y es preciso aprovecharlos. Si otra vez te hallas á solas con tu Filis...

PABLO. Quizás esta misma noche!...

RICARDO. Pues al asalto, y sin vacilar.

PABLO. Oigo ruido.

RICARDO. Es don Pedro y Clotilde; llegaron por fin. Con que lo dicho... huye por completo de la timidez, y échate en brazos de la osadía, y verás que distinta es tu vida. *(Al ver á don Pedro se retiran al pabellon.)* Ven conmigo.

PABLO. Pero...

RICARDO. Ven, hombre; conviene que no nos vean.

ESCENA IV.

DÍCNOS.— D. PEDRO.—CLOTILDE.

PEDRO. ¡No hay en el mundo un marido más desgraciado que yo!... ¿Con que á los baños de Alhama?

CLOTILDE. El médico se lo ordenó.

PEDRO. ¡Qué medicina!... ¡Mandar á una mujer á tomar aguas, cuando la está esperando su marido después de siete meses de ausencia!... Dime: ¿permanecerá allí mucho tiempo?

CLOTILDE. Una temporada.

PEDRO. ¡Justo! Ire á reunirme con ella. ¡Pues no nos faltaba más!

PABLO. ¿Sabes que es encantadora? *(Desde el balcón.)*

RICARDO. ¿Que si lo sé?... Pues yo lo creo!

CLOTILDE. ¡Qué felicidad! ¡Volver á pasearme á la sombra de los frondosos tilos de este jardín! ¡Volver á aspirar el delicioso aroma de sus flores; cuidarlas, para que sirvan de modesto y elegante adorno en mi pabellon! ¡Huir de aquel bullicio y gozar de esta tranquilidad!

PABLO. Que eso lo digera una casada, mi mujer, por ejemplo, lo comprendería ¡pero una soltera, en estado de merecer!...

CLOTILDE. ¿Y por qué no?... ¡Ah! Tengo que contarte una gran aventura que me ha ocurrido durante tu ausencia.

PEDRO. Sí, sí; cuéntame á ver si así me distraigo y no pienso en tu hermana.

CLOTILDE. Es toda una historia.

PEDRO. ¿Lastimosa?

CLOTILDE. Hay de todo.

PEDRO. Te escucho. *(Se sienta en el banco.)*

CLOTILDE. Pues sabe, que un jóven propietario, y no mal parecido...

RICARDO. ¡Calla! que hablan de mi.

PABLO. ¿De tí?...

RICARDO. ¡Chist! Escucha.

CLOTILDE. De elegante figura, de modales distinguidos...

RICARDO. Cuando te digo que soy yo.

CLOTILDE. Me hizo la corte.

PEDRO. Pues siendo verdad las dotes que has enumerado, le dirías que sí.

CLOTILDE. Te diré: era muy fátuo, muy presuntuoso.

PABLO. ¿Y éste, eres tú?

RICARDO. Sigo siendo yo.

CLOTILDE. Como estoy convencida de que la parte física no es esencial para la felicidad de un matrimonio, di poquíssimas esperanzas á su férvida pasión. Cuando supe que un día se dejó decir que era yo muy poco mujer para él.

PEDRO. ¡Hola!

PABLO. ¿Tú digiste...?

RICARDO. ¡Calla!

CLOTILDE. No se contentó con atacar mi amor propio, sino que osó á mi honra, añadiendo que: ¿cómo había de pretender á quien era imposible para él y para cualquier hombre honrado?

PEDRO. ¿Cómo!

CLOTILDE. Sola, sin más hombre en mi familia que mi padre anciano...

PEDRO. ¿Y yo?

CLOTILDE. Tú estabas muy lejos, y la venganza no podía demorarse; además de que nunca un escándalo devolvió una reputación.

PABLO. ¿Pero fuiste capaz...?

RICARDO. La calumnia es en amores el gran sistema de conseguir.

CLOTILDE. En todas partes se hablaba de mí, de mi desgracia. Los hombres me miraban con compasión, las mujeres con orgullo, y ellos y ellas con desprecio.

PABLO. ¡Pobre joven!

RICARDO. ¡La compadeces?... Compadéceme á mí.

CLOTILDE. Formé un plan de vengarme, y lo llevé á cabo.

RICARDO. Oye ese plan.

CLOTILDE. A los pocos dias se dió un baile en casa, y la primera invitacion se le dirigió á él.

PEDRO. ¿Con que á él?... ¡Ah! Ya comprendo. Y cuando llegó le recibisteis...?

CLOTILDE. Del modo más amistoso del mundo; dirigiéndole las palabras más halagüeñas que pude encontrar en mi repertorio, y con una sonrisa... tú ya sabes que cuando quiero no me sonrío del todo mal.

PEDRO. Eso es de familia; también mi mujer...

CLOTILDE. Así continué, hasta que conseguí que aquel hombre me declarase su amor.

PEDRO. Y entonces... le diste calabazas! Perfectamente.

CLOTILDE. Nada de eso. Le dije que sí.

PEDRO. Pues no lo entiendo.

CLOTILDE. Sigueron nuestras relaciones en la más completa armonía, hasta que pidió mi mano.

PEDRO. ¡Ya! Y entonces...

CLOTILDE. Se la concedí.

PEDRO. ¡Buena!... (¡No comprendo!)

CLOTILDE. Al mes se corrieron las amonestaciones, se firmó el contrato matrimonial, y con gran pompa nos dirigimos á la iglesia.

PEDRO. ¿Luego estais casados?

PABLO. ¿Con que es tu mujer?

CLOTILDE. Espera.

RICARDO. Oye y calla.

CLOTILDE. Fuimos á la iglesia, y en el momento en que el sacerdote con tono solemne esperaba oír un *si!* de la novia, en contestacion al «¿Usted admite gustosa al señor por marido?» oyó un *no!* firme, seguro, un *no!* que dejó al novio, á los padrinos, y á todos los circunstantes convencidos de que no era posible llevar á cabo el matrimonio. Vengué mi honor con una sola palabra, mucho mejor que lo hubiera hecho un hombre con todas las armas conocidas.

PEDRO. ¡Bravo!... ¡Y cómo se quedaría todo el mundo!

CLOTILDE. Señores—digo inmediatamente:—Lo que acabo de hacer aquí debía hacerlo. El señor, quees el único que se ha atrevido á dudar de mi honra, me ha conducido hasta el pie del altar. Si esa vil calumnia fuera una verdad, y él hubiera sido el móvil de mi desgracia, no hubiéramos llegado aquí... porque este caballero, sabiéndolo no hubiera consentido nunca en envilecer su apellido.

RICARDO. ¡Paciencia! Ya llegará la mía.

CLOTILDE. Ya sabes la historia de mis amores. Ahora, mientras yo doy una vuelta por el jardín, vé tú á ver á mamá, que te espera.

PEDRO. ¡Esperarme?... Siete meses hace que espero yo á mi mujer... En fin, voy. Así me dará las señas y escribiré á Laura. Adios, Clotilde.

CLOTILDE. (*Levantándose.*) Yo no doy más que una vuelta.

RICARDO. Déjanos solos. (*A Pablo.*)

PABLO. ¡Solos!... Pero...

RICARDO. No seas plomo y vete.

PEDRO. ¡Siete meses!... ¡Al cabo de siete meses abrazar uno á su suegra!

PABLO. ¡Qué hermosa! Decididamente olvido á Luisa, y con ella mis citas nocturnas. (*Baja sin ser visto.*)

RICARDO. (*Que ha bajado con Pablo.*) ¡Pero te vas?

PABLO. Voy. (*Vase.*)

RICARDO. Ahora nos toca á los dos.

ESCENA V.

CLOTILDE.—RICARDO.

CLOTILDE. ¡Pobre Pedro! ¡Qué sentimiento ha tenido al no ver venir con nosotras á mi hermana!

RICARDO. Menos triste está él que desgraciado soy yo, Clotilde.

CLOTILDE. (*Se vuelve y vé á Ricardo.*) Caballero...

RICARDO. Desde el instante en que tuve el atrevimiento de profanar...

CLOTILDE. ¿Se ha atrevido usted á seguirme?

RICARDO. No tal, señorita. A lo que me he atrevido ha sido á adelantarme á usted, y espero que mi presencia aquí...

CLOTILDE. Su presencia de usted en Madrid, en casa de mi padre, despues del ultraje que me acababa usted de hacer, fue una infamia; su presencia de usted aquí despues del insulto de mi venganza, es una desvergüenza. Besó á usted la mano.

ESCENA VI.

RICARDO. — *Después FRANCISCO.*

RICARDO. Confieso que no esperaba esta recepción. Segundo ultraje. ¡Oh! Clotilde, esto es demasiado. Despreciado dos veces, dos veces ofendido, y sin haberme vengado todavía...! Cosas le suceden á uno en el mundo que no se esplican... Digo, sí... ¡maldito el hombre á quien una pasión le obliga á olvidar-se de su dignidad!... ¿Quiere usted guerra? Muy bien; desde este momento queda declarada. Pero guerra á muerte, en la cual sean buenos todos los medios con tal de conseguir el objeto. ¿En dónde estará el doctor?

FRANCISCO *(Con una caja.)* Buenas tardes, don Ricardo.

RICARDO. Muy buenas, Francisco.

FRANCISCO ¿Ha visto usted qué desgracia?

RICARDO. ¡Desgracia!

FRANCISCO. Si señor; la de no haber venido la señora. Así es que me ha dicho Pedro el jardinero, que está el amo que se le puede ahogar con un cabello.

RICARDO. Efectivamente, la cosa no es para menos.

FRANCISCO De modo y manera, que la presencia del médico es inútil.

RICARDO. Así parece. ¿Dónde está el doctor?

FRANCISCO No lo sé. Hace media hora me mandaron á su casa á por esta caja, y ahora mesmo me apeo. Buen jabon ha llevao el potro tordo!

RICARDO. ¿Y qué es eso?

FRANCISCO Una caja de medicinas.

RICARDO. ¡Oh, qué idea! A ver, á ver. *(La toma y la abre.)* ¡El estuche!

FRANCISCO Voy á encender el farol de la Virgen. Bien podía haberlo hecho ya el bestia del jardinero.

RICARDO. Belladona... acónito... ¿Cuál será el frasco?... ¡Ah! aquí está... Aquí hay otro vacío. Bueno. *(Vierte parte del licor de un frasco en el otro y se lo guarda.)* El doctor no lo notará tan pronto, y ya buscaré ocasion. *(A Francisco que acaba de encender.)* Lleva esto al señor de Velez; pero sin decir que yo lo he visto. *(Le devuelve la caja.)* A los médicos no les gusta que se registren estas cosas.

FRANCISCO Por supuesto. Adios, señorito.

RICARDO. Adios, Francisco. *(Me voy á vengar.)*

ESCENA VII.

PABLO.—*Después* CLOTILDE.

PABLO. ¡Ricardo! ¡Ricardo!

RICARDO. ¡Déjame, por Dios! (*Vase.*)

PABLO. ¡Pero hombre!... No me hizo caso; se fue. Vaya en paz, que lo que es á mí me deja en la más completa contradicción de ideas. ¡Es raro! Desde que he visto á Clotilde no puedo separar su imagen del pensamiento... ¡Locura! Ni ella es fácil que me quiera á mí, ni yo puedo olvidar por ella á Luisa. ¡Luisa!... Esta noche vendrá al pabellón, en donde pasaremos un par de horas en coloquio amante... y pasadas estas... ¿qué?... yo me iré, ella se irá, y... ¡nada! Casi, casi veo que tiene razón Ricardo; el amor platónico es el delito de inocencia más grande que comete la criatura. Aquí estuvo hace un instante describiendo el modo que tuvo de vengarse de Ricardo. Decididamente Clotilde es encantadora.

CLOTILDE. ¿Eh?

PABLO. ¡Ella es!... ¡Dios mío!

CLOTILDE. ¡Un forastero!

PABLO. Dispénsame usted, señorita, si yo...

CLOTILDE. Oí pronunciar mi nombre y...

PABLO. ¡Ah! ¿no me oyó usted más que pronunciar su nombre?

CLOTILDE. ¿Luego fue usted quien pronunció las frases...?

PABLO. ¿Qué frase?

CLOTILDE. Digo... la palabra Clotilde?

PABLO. Si por cierto... Pablo Moya, vecino de su señor cuñado de usted, y el más rendido adorador de esa belleza.

CLOTILDE. Es usted muy galante, señor don Pablo.

PABLO. No; soy justo.

CLOTILDE. Gracias.

PABLO. Pues, como decía, como vecino me he tomado varias veces la libertad de visitar esta lindísima posesión, para admirar, entre las muchas bellezas que cuenta, la que para mí tiene más atractivo de todas... el plantío de flores.

CLOTILDE. ¿Le gustan á usted las flores?

PABLO. Con pasión! con delirio!

CLOTILDE. ¿Con delirio?

- PABLO. Muchos me critican, motejándome de inocente; son seres que no comprenden la grandeza de lo pequeño. ¿En qué se diferencia la criatura de la flor? En que la una dura algunas horas más que la otra; pero la una y la otra nacen de la nada y vuelven á ella. Dispénsenme usted, señorita; pero en hablando de mis flores...
- CLOTILDE. ¿De sus flores de usted?...
- PABLO. De las mías. De las que hacen y viven para mí exclusivamente.
- CLOTILDE. Mucho egoísmo es.
- PABLO. Convengo en ello; pero todavía no ha ocurrido una sola vez que haya yo cortado una de mis flores; las quiero demasiado para adelantar su muerte.
- CLOTILDE. ¿Y nunca tuvo V. un compromiso?... ¿una mujer...
- PABLO. Jamás las vió mujer alguna en mi presencia; no he querido darlas el disgusto de que, aunque infundados, tuvieran celos.
- CLOTILDE. Ya veo que hizo usted bien en llamar delirio...
- PABLO. Estoy seguro de que pensaría usted como yo si las viera.
- CLOTILDE. Tal vez...
- PABLO. Me permitirá usted que mañana la traiga un ramo?
- CLOTILDE. ¿Un ramo! ¿Usted á mí? . . . ¿Pues no acaba de decir que nunca...?
- PABLO. Que nunca corté ni una sola de ellas para nadie? Tal vez por eso no sean indignas de que usted las acepte. (*Dan las siete en la campana de un reloj.*)
- CLOTILDE. Caballero...
- PABLO. (¡Dios mío! las siete.) Señorita... ruego á usted que me dispense; pero el día toca á su fin, y...
- CLOTILDE. Caballero... saludo á usted, y le doy las gracias por este momento de galantería...
- PABLO. Estoy á los pies de usted. (Lo dicho; es una mujer adorable!) (*Váse.*)
- CLOTILDE. Bien se explica el señor don Pablo.

ESCENA VIII.

- CLOTILDE. —UN CRIADO con un candelabro. —RICARDO observando.
- CRÍADO. Señorita, ¿dónde llevo la luz?
- CLOTILDE. ¿No te he dicho que al pabellón? (*El criado sube al pabellón.*)
- RICARDO. ¡Ah! Va á entrar en el pabellón?... Este es el momento! (*Váse y vuelve con un ramo.*)

CLOTILDE. (*Dirigiéndose a la Virgen.*) ¡Ah, mi hermosa Virgen! ¡Cuánto tiempo hacia que no me postraba ante tí! Ahora que estoy sola contigo, voy a contarte mis penas y mis alegrías, como lo hacía en otro tiempo. (*Se arrodilla.*)

RICARDO. (*Con un ramo.*) No hay nadie... Esta es la ocasión. (*Se dirige al pabellón.*) Cuanto más grande es el delito más cobardes el criminal... ¡Pues no tengo por la primera vez miedo!... Dos veces insultado... ¡caiga a mis pies su altivez, su orgullo! (*Entra en el pabellón y deja el ramo.*) Sigue rezando. (*Saliendo.*)

CLOTILDE. Aconséjame, Madre mía, como siempre lo hiciste en mis sueños. (*Se levanta de rezar.*) Y ahora veamos cómo está mi antigua habitación. (*Hace lo que marca el diálogo.*)

RICARDO. (*Oculto detrás del árbol.*) ¡Ya se acerca!... ¡Ya entró!

CLOTILDE. Todo continúa en el mismo estado que lo dejé. La música... los jarrones de china... ¡Qué veo! ¡un ramo de flores! (*Lo coge.*)

RICARDO. Ya dió con él.

CLOTILDE. ¡Ah! Ya adivino. Me lo ofrecía después de haberlo traído! Tiene razón... son flores dignas de que dedire por ellas.

RICARDO. Si el delito está en razón directa del remordimiento, lo que estoy haciendo es horrible.

CLOTILDE. ¡Qué aroma tan delicioso! (*Las huele.*)

RICARDO. ¡Aspira su perfume!... Ya es mía.

CLOTILDE. ¡Es singular!... Yo... me parece... ¡Ah! (*Cae desvanecida y tira con el brazo la luz.*)

RICARDO. ¡Se durmió! ¡se durmió! (*Va al pabellón.*) ¡Qué voy a hacer?... (*Deteniéndose.*) ¡Voy a vengarme! (*Con resolución.*)

ESCENA IX.

DICHOS. — FRANCISCO. — EL DOCTOR. — Despues PABLO.

FRANCISCO. ¡Señorito Ricardo! ¡Señorito Ricardo! (*Deteniéndole al poner el pie en el primer escalón.*)

RICARDO. ¡Déjame!... ¡Vete!

FRANCISCO. Es que traigo un recado para usted, y es urgente.

RICARDO. ¿Qué quieres?

FRANCISCO. Me han dado este pañuelo y esta carta para usted.

RICARDO. ¿Quién?

FRANCISCO. Una persona que dijo que por la marca conocería

usted de quién era el encargo y á dónde le esperaban.

RICARDO. Dame, y vete. (*Los toma.*)

FRANCISCO. Tome usted.

RICARDO. ¡Extraña misiva!... Veamos. (*Leyendo d la luz de la Virgen.*) «Si la pasión que me ha jurado usted repetidas veces es cierta, esta noche á las doce en mi casa. Omíto la firma y remito á usted una prenda por la cual sabrá quién soy y dónde le espero.» ¡Una cita!... Veamos quién es ella! (*Desdobra el paquete y saca un pañuelo.*) La cifra... ¡Maldita luz! (*Se aproxima el pañuelo á la vista.*) ¡Qué extraño mareo!... ¡Ah! ¡Qué es esto? (*Sentándose.*)

DOCTOR. Que he ganado la apuesta, y que mejor es creer.

RICARDO. ¡Ah! sí... comprendo... ¡Pues creo en Dios, Doctor. (*Perdiendo el sentido.*)

DOCTOR. Si, el doctor curando incrédulos. Francisco, ayúdame.

PABLO. (*Saliendo.*) Aquí hay gente... ¡Importunos!

FRANCISCO. ¡Está frio como un difunto!

DOCTOR. Esto no es nada. Pronto resucitará.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Doctor. ¿Y de salud?
Pedro. Bien. Esta mañana me alarmé; creí notar en ella algo de fiebre; pero al día que estaba febril era ya!
Doctor. (La cabeza de este marido continúa en los pliegues.)
Hay...

ACTO SEGUNDO.

Sala elegantemente amueblada.—Puerta al foro y laterales; ventana, segunda derecha.
Doctor. Yo ahora no; está desahogado...
Pedro. me he propuesto que hoy coma usted conmigo.

ESCENA PRIMERA.

De PEDRO.—Después El DOCTOR.

PEDRO. (Mirando por la segunda puerta izquierda.) ¡Duermel! ¡Mi mujer duerme!... Mi mujer, á quien veo después de diez meses de viudedad... ¡Si me parece un sueño! Verdad es que la felicidad siempre parece un sueño. Y yo soy feliz en esta ocasión. ¡Felicísimo!

FRANCISCO El señor de Velez.

PEDRO. Que pase. (Vase Francisco.) Como la llegada ha sido una sorpresa, no tuve tiempo de avisar al Doctor.

DOCTOR. Señor don Pedro... (Dándole la mano.)

PEDRO. ¡Doctor!

DOCTOR. En el momento en que recibí el recado monté al caballo, y aquí me tiene usted á sus órdenes.

PEDRO. Doy á usted repetidísimas gracias, amigo mío, y le ruego me dispense esta nueva molestia.

DOCTOR. Yo tengo una satisfacción en poder servir á mis amigos.

PEDRO. Servir... Sí, Doctor; ahora me va usted á servir, gracias á Dios.

DOCTOR. ¿Es decir...?

PEDRO. Que ya llegó mi Laura de los baños de Alhama.

DOCTOR. ¿Con que llegó por fin?... Doy á usted la enhorabuena. ¿Y qué tal vino?

PEDRO. Tan hermosa!... digo, más hermosa me ha parecido ahora que nunca. ¡Lo que son diez meses de fidelidad conyugal!

DOCTOR. ¡Y de salud?

PEDRO. Bien. Esta mañana me alarmé; creí notar en ella algo de fiebre... ¡pero cá! el que estaba febril era yo!

DOCTOR. (La cabeza de este marido continúa en los Pirineos).

PEDRO. ¡Hay un ente más ridículo que un marido enamorado?... Yo no sé lo que es el cariño paternal; pero... ¡Ah! y hablando de cariño paternal, el día que me diga usted que estoy próximo á experimentar ese cariño, será el más feliz de mi vida.

DOCTOR. Tendré un placer en ello... Pero estamos perdiendo un tiempo precioso, y podríamos pasar...

PEDRO. No, ahora no; está descansando: duérme. Y como me he propuesto que hoy coma usted conmigo, no nos corre prisa el despertarla.

DOCTOR. Pero repare usted...

PEDRO. Nada, nada; hoy es usted mi prisionero, bajo la responsabilidad de mi mujer. Todo por ella.

DOCTOR. (Lo dicho; la cabeza de este marido está tomando aguas.)

ESCENA II.

DICHOS. — RICARDO, con escopeta y avíos de caza.

RICARDO. (Dentro.) Está muy bien. ¡Francisco!

PEDRO. ¡Ah! ¡Desgraciado de mí! La va á despertar.

RICARDO. (Saliendo.) ¡Bravo! ¡muy bien!

PEDRO. ¡Chist!... ¡Calle usted, hombre de Dios!

RICARDO. ¿Que me calle?... ¡Pues qué ocurre?

PEDRO. ¡Chist! Que está durmiendo.

RICARDO. ¿Pero quién duerme?

PEDRO. ¡Ella!

RICARDO. ¿Ella?... Está bien.

PEDRO. Voy á ver si se ha despertado: (Vase.)

ESCENA III.

EL DOCTOR. — RICARDO.

RICARDO. ¿Me quiere usted hacer el favor, despues de darse por saludado, de decirme qué es lo que tiene don Pedro?

DOCTOR. No sé más que lo que acaba usted de oír de su boca; que duerme, y que no quiere que la despierten.

RICARDO. ¿Qué duerme?... ¡Será Clotilde!... Pero no es posible á estas horas... ella, que al ser de día... cuando le digo á usted que no es posible!

DOCTOR. Hombre, si yo no lo dudo.

RICARDO. A no ser que esté enferma.

DOCTOR. Le diré á usted: enferma no, algo indispuesta al parecer.

RICARDO. ¿Indispuesta?... Mucho lo siento, Doctor, y sentiría en el alma que esa joven...

DOCTOR. ¡Ya! ¿Luego esa señora es joven?

RICARDO. ¡Pues yo lo creo! Pero si usted debe conocerla. Si tal; usted la vió aquí hace cuatro ó cinco meses.

DOCTOR. ¡Ah! Aquella encantadora joven era... (Ya veo que don Pedro no está tan loco como yo suponía). En tonces, ¿por qué me ocultó su llegada en aquella época?

RICARDO. ¿A qué no dirá V. de lo que me acuerdo, Doctor?

DOCTOR. No es fácil.

RICARDO. Del famoso narcótico.

DOCTOR. ¿Todavía?

RICARDO. ¿Que si todavía? Aquel incidente le tendré siempre grabado en el corazón. En aquella ocasión fue usted mi ángel salvador.

DOCTOR. ¿Y no guarda usted rencor ninguno hacia mí?

RICARDO. ¿Rencor?... Admiración, respeto, cuanto cabe en un pecho agradecido.

DOCTOR. ¿De modo que ya creará usted en mí descubrimiento científico?

RICARDO. Como que él me ha hecho creer en Dios, de cuya existencia dudaba.

DOCTOR. ¿Y está usted convencido de que ese elixir puede ser causa de los atentados más horribles?

RICARDO. O de impedirlos quizás.

DOCTOR. (¿Qué dice?)

RICARDO. Pídame usted la sangre de mis venas. No sabe usted el bien que me hizo en aquella ocasión!

DOCTOR. ¡Cáspita! Las doce. (Mirando el reloj.) Mientras esa señora se despierta, voy á visitar un enfermo en la alquería inmediata. Si pregunta don Pedro por mí, le dice usted que vuelvo al instante.

RICARDO. Vaya usted con Dios, Doctor, y no dude de mi eterno cariño.

ESCENA IV.

RICARDO. — *Después CLOTILDE y D. PEDRO, y á poco LAURA.*

RICARDO. *(Al ir á dejar los avíos de caza repara en la escopeta y la coge.)* ¡Demonio! Se me olvidaba que aún tiene la carga... Quien quita la ocasión... *(Dispara por la ventana.)*

PEDRO. ¡Desgraciado! Se empeñó usted en despertarla...

RICARDO. ¿Despertar á quién?

PEDRO. A ella.

RICARDO. ¿Pero quién es ella?

PEDRO. Mi mujer.

RICARDO. ¿Ha llegado?

PEDRO. Si señor. Esta mañana á las seis.

RICARDO. ¿Después que salí yo á cazar?

CLOTILDE. Se despertó, y asustada. ¿Quién fue el atrevido...?

RICARDO. Mi escopeta, señorita.

CLOTILDE. ¡Ah!

RICARDO. Ruego á ustedes me perdonen...

CLOTILDE. ¿Usted ignoraría quizás...?

RICARDO. Si, señorita; ignoraba que su señora hermana de usted estuviera descansando

CLOTILDE. *(A Pedro.)* ¿Lo ves? No tiene culpa alguna. Lo ignoraba.

RICARDO. ¡Qué buena es!

PEDRO. ¿Cómo?... Cuando hace una hora que le estoy diciendo ¡Chist!... Guarde usted silencio... mire usted que hay un enfermo.

LAURA. No, esposo mío; si yo no estoy enferma!

PEDRO. *(A Ricardo.)* ¡Mi mujer! ¡Esta es mi mujer!

RICARDO. Señora... tan agradable sorpresa... *(Saludándola.)*

LAURA. ¡Don Ricardo! ¿Este es aquel...? *(Bajo á Clotilde.)*

CLOTILDE. Sí. *(Lo mismo á Laura.)*

LAURA. ¿Y cómo...? *(Id.)*

CLOTILDE. *(Id.)* Ya te explicaré. *(Alto.)* Laura, hermana mía, ¿quieres que antes de almorzar vayamos á ver los jardines? Verás qué variación han tenido desde la última vez que los vimos.

LAURA. Como quieras.

(Clotilde le ofrece el brazo, don Pedro se interpone y coge el brazo de Laura.)

PEDRO. Permíteme... eso me corresponde á mí... á su marido... Ven, queridísima esposa, ven á escuchar bajo el frondoso tilo, ó á la sombra del melancó-

lico sauce, la no menos aflictiva relacion de mis impresiones de viudo.

CLOTILDE. Pero... (*Queriendo separarlos.*)

PEDRO. Nada, nada; no cedo. (*Vanse.*)

ESCENA V.

CLOTILDE.—RICARDO.

RICARDO. (*Imitando la voz de Clotilde.*) «Su presencia de usted en Madrid, en casa de mi padre, despues del ultraje que me acababa usted de hacer, fue una audacia. Su presencia aqui, despues de mi venganza... es una humillacion. Beso á usted la mano.»

LOS DOS. ¡Já! já! já! (*Riéndose.*)

CLOTILDE. ¿Cuándo se le va á olvidar á usted eso, Ricardo?

RICARDO. Hay cosas que yo creo que no se olvidan ni aun despues de la muerte. Así como no me olvidaré tampoco de las reflexiones que sucedieron á ese discurso, las cuales dieron por resultado un juramento de venganza, de odio eterno.

CLOTILDE. ¡Eterno! Y dos dias despues, ese enemigo implacable se llegó á mí, cariñoso, sumiso, y perdonando todos mis agravios para no acordarse más que de los suyos.

RICARDO. Yo era el ofensor; usted la ofendida... y sin embargo...

CLOTILDE. No sabe usted lo que ganó la víctima al perdonar. Mire usted; mi vida era una vida sosegada, dichosa, llena de afecciones, de tranquilidad, que turbaba una sola idea, y esta idea era usted. ¡Un enemigo!... Es muy horrible tener un enemigo. Miro usted, Ricardo; si usted no se hubiera llegado á mí, estoy segura de que yo me hubiera acercado á usted á pedirle perdon de lo que usted me habia hecho.

RICARDO. Basta, señorita; no hablemos más de eso.

CLOTILDE. Un perdon mútuo y sincero concluyó con nuestras rencillas. Mi enemigo ha muerto; bien muerto ¿no es verdad?... Ya solo me resta un amigo...

PEDRO. Pero nada más.

RICARDO. El serlo es todo cuanto ambiciono.

CLOTILDE. Y todo cuanto yo puedo ofrecerle, mi amistad.

RICARDO. Acepto gustoso, y en prueba de ello, sepa usted que tengo que comunicarle la mayor de mis ale-

grías; la única tal vez que he tenido en este mundo. El motivo de mi redención.
CLOTILDE. Secreto por secreto; el de su felicidad de usted, por el de mis amores.

ESCENA VI.

DICHOS.—PABLO.—D. PEDRO.

PEDRO. (A Pablo.) Digo á usted que hoy es el día más dichoso de mi vida.

CLOTILDE. (¡Silencio!) (A Ricardo.)

PABLO. Lo comprendo.

PEDRO. Y cuando sea usted casado lo comprenderá muchísimo mejor.

PABLO. ¡Casado!... Clotilde? (Mirándola con intención.)

CLOTILDE. Pablo? (Lo mismo, bajando los ojos.)

PABLO. ¿Oyó usted á don Pedro?

CLOTILDE. Si tal.

PABLO. ¿Y usted espera...?

CLOTILDE. Si no lo esperara seria muy desgraciada.

PABLO. ¡Ah, Clotilde! (Con pasión.)

CLOTILDE. Aún no es tiempo; disimule usted.

PEDRO. (A Ricardo.) En media hora le he contado á usted esto mismo lo menos catorce veces, y á don Pablo otras catorce, y á mi cuñada, ¡qué deseos tengo de ver á usted en mi posición para sufrir sus impertinencias.

RICARDO. ¿A que estos señores son de mi opinión?

CLOTILDE. ¿De qué se trata?

RICARDO. Don Pedro, que se empeña en negar que entre los locos que se encierran en esta jaula que llaman mundo, los frenéticos son los casados.

CLOTILDE. ¡Já! ¡já! ¡já!... (Riéndose.)

PEDRO. ¿Te ries, estando al borde de entrar en el estado de frenesí?

PABLO. ¿Qué dice?

RICARDO. ¿Clotilde?...

CLOTILDE. ¿Quieres callar? (Tratando de evitar la conversacion.)

PEDRO. Pero si ya no tiene remedio!... Pues si señor. Un casamiento; una magnífica boda, arreglada en Madrid por mi suegro, con un riquísimo mejicano.

CLOTILDE. Pedro... (Lo mismo.)

PABLO. (¡Dios mío!) ¡Dios mío!

RICARDO. ¡Morir tan joven!

PEDRO. Hoy, despues del almuerzo, tendremos consejo de

ministros... digo, de familia, para tratar de ese asunto.

CLOTILDE. ¿Quieres callar?

PEDRO. Y daremos un voto de gracias al padre y otro al novio, aprobando el acta matrimonial.

CLOTILDE. Laura te espera.

PEDRO. ¿Mi mujer? Es verdad; nos espera para almorzar.

CLOTILDE. Con que á la mesa, señores.

PABLO. Gracias, don Pedro.

RICARDO. Yo no almuerzo en casa.

PEDRO. Es decir, que nos desairan ustedes?

PABLO. No es desaire; pero...

PEDRO. Pues vamos, Clotilde, que nosotros ni estamos convidados; ni hemos almorzado todavía. Señores.

CLOTILDE. Hablador. (Bajo á Pedro.)

PEDRO. Pero qué importa?

CLOTILDE. (Pobre Pablo!) (Váase.)

ESCENA VII.

RICARDO. — PABLO.

PABLO. (¡Un matrimonio!... ¡Clotilde! ¿Luego no es verdad cuanto me juró?)

RICARDO. ¡Es un ángel!... ¡Con qué resignacion se dispone á morir su sentencia de muerte!

PABLO. Yo me vengaré.

RICARDO. ¿Qué dices?

PABLO. Nada.

RICARDO. No es cierto. ¿Y has el favor de repetirme lo que acabas de decir.

PABLO. Pues bien; he dicho, Yo me vengaré.

RICARDO. No sé de quién, ni por qué; y apuesto á que no tienes razón. No; no la tienes. En ningún cerebro sano cabe tan horrible sentimiento. Ningun pecho y así inmóvil puede encerrar en sí una idea que llevada á cabo, no produce otra cosa que el remordimiento. ¿No es cien veces más halagüeña que la mezquindad de la venganza, la grandeza del perdón? Pablo, amigo mío, desecha de tu imaginacion semejantes proyectos, y advierte que soy yo quien te lo aconseja.

PABLO. Verdad es que tú...

RICARDO. Yo, á quien hace tres meses hubiera parecido mezquino todo cuanto hubiera pensado para lle-

var á cabo una venganza; hoy vengo á decirte: Más grande fue Dios en el Calvario perdonando, que castigando con el diluvio.

PABLO. ¿Me admira en ti ese lenguaje!

RICARDO. ¿Te admira?... ¡Y por qué? Oyeme, Pablo, y sé franco. Hace tres meses, tú veías en mí un hombre pendenciero, vengativo, blasfemo, sacrilego; en una palabra, un hombre malvado, sin conciencia, sin fe; y esto te hizo dudar de mi corazón. ¿No es verdad que dudaste?

PABLO. Ricardo.

RICARDO. Sí; yo hubiera dudado de mí mismo á no conocer los motivos que me impulsan á obrar así. Solo en el mundo, sin familia, sin afección alguna. El mundo era poco para satisfacer la venganza de mi soledad; todo el mal que hacia era la única revancha que tomaba de mi abandono... No podía comprender entonces cuán bueno es el ser bueno. Es que entonces era muy desgraciado, y que ahora no lo soy.

PABLO. ¿De veras?... Sigue.

RICARDO. Que soy el hombre más feliz de la tierra; que hace quince días he encontrado cuanto me hacia falta, una familia!

PABLO. Tú?

RICARDO. Lee. *(Le da una carta.)*

PABLO. *(Leyendo.)* «Mi querido Ricardo: Hay una edad en la vida en que la criatura no es dueña de sus acciones; yo amaba durante esa edad á una joven con quien me casé secretamente. ¡Poco dura la verdadera felicidad! Al poco tiempo murió el ángel de mi vida, dejándome un hijo, al cual no pude dar mi nombre. Este secreto lo he guardado mientras vivió el ser con quien mi familia me unió, mi segunda mujer. Hoy ha muerto, y ya puedo hablar. Acabo de disponer de mi fortuna, dividiendo en partes iguales, una para mi hija, y otra para ti, hijo mío; para ti, á quien espero ansioso para darte en público el grato nombre de hijo. ¿Luego tu padre es...?»

RICARDO. D. Antonio Morales, administrador del Sr. de Sanchez.

PABLO. ¿Y Luisa? *(Con mucho interés.)*

RICARDO. Mi hermana, Pablo.

PABLO. ¿Su hermana? *(Ap. horrorizado.)*

RICARDO. ¿Comprendes ahora el cambio de mis ideas?

- PABLO. ¡Su hermana! (*Lo mismo.*)
- RICARDO. Cada vez que me acuerdo de los consejos que en alguna época te di... ¿Te acuerdas de lo que te dije en esta misma casa, cuando me confesaste ciertas citas nocturnas?
- PABLO. ¡Qué recuerdo! (*Ap. afectado.*)
- RICARDO. Estaba loco; y á haber sido tú tan malo como yo en aquella ocasión, tal vez á estas horas llorarían por su honra un desgraciado padre, un infeliz esposo, ó un hermano, á quien quizás des el nombre de amigo. ¡Ay, Pablo! ¡que bien hiciste en no seguir mis consejos, en ser un hombre de bien! (*Apretándole la mano.*)
- PABLO. ¡No puedo más! (*Ap. con resolución.*)
- RICARDO. ¿Qué tienes, Pablo?
- PABLO. (Sí, sí, es preciso; debo hacerlo!)
- RICARDO. ¿Qué es eso?
- PABLO. Ricardo... ¿tú me conoces? ¿sabes quién soy? ¿cuál es mi posición?
- RICARDO. Sí; pero no me explíco... Continúa.
- PABLO. Si yo te digiera: Ricardo, amo á una mujer, soy correspondido, y pretendo llamarla mi esposa...)
- RICARDO. Te contestaría que hacías bien.
- PABLO. ¿Y si esa mujer fuera tu hermana Luisa?
- RICARDO. Entonces te diría que la hicieras muy feliz, por que lo merece. ¡Es tan buena mi hermana! (*Con cariño.*)
- PABLO. (Es mi deber.)
- RICARDO. No sabes la alegría que me ha causado tu petición. En este mismo momento voy á escribirselo á mi padre, y si no... no, lo mejor será que esta noche salgamos juntos de este pueblo, y nos vayamos á mi casa, en donde arreglaremos la boda. Dices bien; vámonos. (Cuanto antes me separe de Clotilde será mejor.)
- PABLO. Venga esa mano, y los brazos.
- PABLO. Tómalos, hermano mío. (*Se abrazan.*)
- RICARDO. ¿Qué es eso?

ESCENA VIII

DICHOS.—D. Pedro.—*Después* CLOTILDE y LAURA.

- PEDRO. ¡Un médico! ¡Un médico!... ¡Pedro! ¡Julian! ¡Francisco!... (*Con precipitación.*)
- PABLO. ¿Qué ocurre?

PEDRO. ¿Y el doctor Velez?
RICARDO. ¿Pero qué pasa?
PEDRO. Oí. ¿Qué han hecho ustedes del doctor Velez?
RICARDO. Doña Laura?...
PEDRO. No; no es Laura... es Clotilde, mi cuñada... desmayada repentinamente... ¿Pero no encuentran a ustedes al doctor?
RICARDO. ¿Clotilde?...
PABLO. ¡Ah! Voy... (*Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.*)
CLOTILDE. No, no es nada... Tranquílicense ustedes; no es nada.
PEDRO. ¿Una butaca! (*Acercándola una butaca.*)
CLOTILDE. ¡Pero si ya pasó.
RICARDO. ¿Y qué motivo...?
CLOTILDE. Nada.
PEDRO. Estábamos en la mesa, almorzando y hablando de cosas indiferentes, cuando de repente...
CLOTILDE. Una nube cruzó por delante de mi vista... mi sangre se paralizó, y perdí el sentido.
RICARDO. ¿Y no ha notado usted eso alguna otra vez?
LAURA. No. ¿No es verdad, Clotilde?
CLOTILDE. Lo noto por la primera vez de mi vida.
PEDRO. ¡Y Velez sin venir!
CLOTILDE. Ya ¿a qué?
RICARDO. El correo. (*Da a D. Pedro cartas y periódicos.*)
PEDRO. Trae! ¡Para correo estamos!
LAURA. Dame. (*Los coge de D. Pedro.*)
PEDRO. ¿Cómo estás? (*A Clotilde con cariño.*)
CLOTILDE. Bien.
LAURA. ¡Y mucho mejor en cuanto lea esta carta de nuestro padre. (*Se la da a Clotilde.*)
CLOTILDE. La respuesta que esperaba.
LAURA. ¿Vas a leerla? (*Bajo a Clotilde.*)
CLOTILDE. Sí; llévate a Pedro. (*Lo mismo.*)
LAURA. Marido... Pues que Clotilde está ya buena, vamos a dejarla leer esa carta y a continuar nuestra interrumpida colación.
PEDRO. ¿Dejarla?
CLOTILDE. Podeis hacerlo, que estoy bien.
PEDRO. Como quieras.
RICARDO. Pues yo voy a preparar el viaje. (*A Pablo.*)
PEDRO. Si ocurre algo, que avises. (*A Clotilde.*)
CLOTILDE. Descuida. Pablo, quédese usted aquí.
PABLO. ¿Qué ocurre?

ESCENA IX.

CLOTILDE. — PABLO.

CLOTILDE. Pablo... Cuanto dijo mi cuñado hace un instante, es verdad. Mi padre me propone un matrimonio ventajosísimo, si la felicidad la pudiera constituir la riqueza.

PABLO. Clotilde... permítame usted.

CLOTILDE. Espere usted... Frase que en la boca de una mujer es un mundo de esperanzas para un hombre! Pues bien; espere usted. A la primer noticia que me de lo que pasaba, á la primer palabra que se me dirigió acerca de este particular, escribí á mi padre diciéndole, que no amaría nunca á la persona á quien me destinaba, y que amaba á un hombre de corazón noble, lleno de lealtad, de honor, de delicadeza y... que este hombre me amaba. Hablaba de usted, á mi padre.

PABLO. ¡(Dios mío!)

CLOTILDE. Le suplicaba que tuviera confianza en mi elección, que me dejara disponer de mi mano... pues que Dios me había permitido disponer de mi corazón. Hé ahí el motivo por el que decía «Espere usted, espere usted». La respuesta de mi padre es esta: mi felicidad... la de usted, si son ciertos sus juramentos, se encierran en esta carta. Léala usted. *(Se la da.)* ¡Tiembra usted como yo!

PABLO. *(Leyendo.)* «Hija mía: Tu dicha es mi única ambición. Si el hombre, de que me hablas es tal como lo pintas, si es digno de ti, si le amas... hasle feliz.»

CLOTILDE. ¡Ah! Gracias, padre mío, gracias... ¡Bendita una y mil veces la mano que escribió estas líneas, el pensamiento que las inspiró! Ya puedo decirte delante de todo el mundo: ¡Pablo, te amo!

PABLO. ¡(Esto es horrible!)

CLOTILDE. ¡Lágrimas! Pablo... son de placer. También vierten lágrimas la alegría. No hagas caso y sígueme. Ven, corramos á decir á mis hermanos que mi padre consiente en que seas mi marido.

PABLO. No.

CLOTILDE. ¿Qué dices! *(Asombrada.)*

PABLO. ¡Que no puedo serlo.

CLOTILDE. Pablo... repíteme esas palabras.

PABLO. En esa carta le dicen á usted que se case con un hombre honrado... y yo no soy ese.

CLOTILDE. Pablo, amigo mío, ¿qué tienes?

PABLO. La permiten á usted unirse con quien sea digno de usted... y yo no soy ese.

CLOTILDE. ¿Pero estás loco?

PABLO. No. Yo soy el más infame, el más miserable de todos los hombres.

CLOTILDE. ¡Oh! ¡Calla!

PABLO. Odieme usted... abomíname usted; pues que solo odio y abominación merezco al faltar á usted á mis juramentos.

CLOTILDE. ¡Dios mío!

PABLO. Pero no me maldiga, como tendría derecho á hacerlo otra mujer.

CLOTILDE. ¿Otra?

PEDRO. Otra, á quien he deshonrado... á quien he envilecido!

CLOTILDE. ¡Ay de mí! (*Caen en un sillón.*)

PABLO. ¡Vuelve usted los ojos con horror!... Hace usted bien. Desprecio, más que odio, es el que merezco.

CLOTILDE. ¡Otra mujer!...

PABLO. Sí. Y acabo de jurarme que repararía mi falta; y este juramento.

CLOTILDE. Lo cumplirá usted. Mi dicha, perdida para siempre, mi vida entera, es la que acaba usted de herir mortalmente; pero no mi honor, como á esa desgraciada... Mis lágrimas pueden brotar de mis ojos á la faz del mundo... ¡esa infeliz tiene que devorarlas en silencio con su vergüenza!... Entre las dos infamias que ha cometido usted, no hay motivo para dudar un solo momento. ¡Vaya usted, caballero; vaya usted, y acuda á la más desgraciada de las dos... esa no soy yo!

PABLO. Clotilde...

CLOTILDE. (*Levantándose y señalándole la puerta del foro.*) Cumpla con su deber. (*Vase Pablo.*)

ESCENA X.

CLOTILDE.

CLOTILDE. ¿En dónde está el valor de que hacías alarde?... ¡Maldita la cabeza que se deja dominar del corazón!... Me faltan las fuerzas... ¡Cuánto sufro!... ¡Ay no quiero... no debo sufrir... ¡Dios mío!

DOCTOR. (*Dentro.*) Sí, sí; voy.

CLOTILDE. Alguien viene. ¡Valor! Venza una vez al corazon la voluntad!

ESCENA XI.

CLOTILDE.—RICARDO.—DOCTOR.

DOCTOR. Sí, ya lo sé; dona Clotilde.

RICARDO. *(Encontrando al Doctor en la puerta del foro.)* Adiós.

DOCTOR. hasta la vuelta.

DOCTOR. ¿Se va usted?

RICARDO. Sí, Con Pablo á Madrid.

DOCTOR. ¿A Madrid?...

RICARDO. El á pedirla, y yo á casarle. ¡Qué felicidad!

ESCENA XII.

CLOTILDE.—EL DOCTOR.

DOCTOR. Lo dicho; esto es un manicomio. ¡Ah! *(Viendo á Clotilde.)* Señora... Don Pedro me ha hecho llamar, y venia...

CLOTILDE. *(¡Señora!...)* Era para mí Doctor; pero mi indisposicion no es grave; ya lo vé usted.

DOCTOR. Y bien, señora, ¿qué ha ocurrido?

CLOTILDE. Nada, Doctor, un desmayo repentino.

DOCTOR. ¿Un desmayo?

CLOTILDE. Sin causa... sin razon.

DOCTOR. *(Observándola con fijeza.)* Sin causa conocida... puede... pero sin razon... ¿Me permite usted?... *(Tomándola el pulso.)* ¡Ah!... ¡Ya! *(Con intencion.)*

CLOTILDE. ¿Qué! ¿Hay calentura?

DOCTOR. Dispénseme usted... *(La toma el otro pulso.)* Sí, si... ¡exactas!

CLOTILDE. ¿Qué es eso?... Me tiene usted con cuidado.

DOCTOR. ¿Con cuidado, señora?

CLOTILDE. *(¡Otra vez señora!... ¡Me tomará por mi hermana?)*

DOCTOR. Los médicos, por lo regular, somos portadores de noticias desagradables. Así, pues, no le extrañe á usted mi vacilacion al anunciarla la alegría más grande que el cielo concede al corazon de la mujer.

CLOTILDE. Caballero...

DOCTOR. Señora... dentro de seis meses será usted madre.

CLOTILDE. ¡Madre!... ¿Yo?... Já! já! já!... ¡Ah!

DOCTOR. Indudablemente.

CLOTILDE. ¡Ah! ¡Dios mio!... Já! já! já!... *(Carcajada que de natural pasa á convulsiva.)*

ESCENA XIII.

DICHOS.—D. PEDRO.—LAURA y criados.

PEDRO. ¿Qué es esto?... ¿Qué ocurre? (Al Doctor.)
 LAURA. ¿Qué ruido es este?... ¡Mi hermana! (Socorriendo a Clotilde.)
 DOCTOR. Nada, nada; tranquilícese usted. (A don Pedro.)
 PEDRO. Doctor...
 DOCTOR. ¡Es usted feliz!... Dentro de seis meses será usted padre!
 PEDRO. ¡Padre!... ¿Yo?... ¡Ah! (Que abatido en un sillón.)
 CLOTILDE. ¡Já! ¡já!... (Sigue la carcajada convulsiva de la locura).

(Baja el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un patio.—Casa á la izquierda; puerta al foro, y tapia derecha y foro.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR. — RICARDO.

RICARDO. ¿Qué significan tantas precauciones, Doctor?

RICARDO. Así lo espero...

DOCTOR. ¿Jura usted ser franco y contestarme la verdad de todo cuanto voy á preguntarle?

RICARDO. Doy á usted mi palabra.

DOCTOR. He traído a usted a este sitio, prefiriéndole a cualquiera de las habitaciones de la casa, porque las

paredes oyen, y lo que vamos á tratar es grave.

RICARDO. Doctor... Si yo fuera hombre capaz de acobardarme, me haría usted temblar. Adelante.

DOCTOR. Usted ya calculará que soy yo quien le ha citado á esta casa?

RICARDO. No lo sospechaba. ¿Me dirá usted el motivo?

DOCTOR. — A eso vamos. Si los informes que he adquirido son exactos, entre usted y la señorita Clotilde existía

una causa de odio, de amor propio ofendido.

DOCTOR. Clotilde le había hecho a usted sufrir una humi-

llacion pública, y usted habia resuelto vengarse de ella.

- DOCTOR. Ese día fue el 16 de Abril del año pasado; hace diez meses, y en esta misma casa. Ese día mandé yo á un criado por mi estuche de homeopatía; el criado, al volver de mi casa, encontró en el jardín á una persona que, valiéndose de un engaño, examinó el estuche y extrajo parte del líquido de un frasco. Esa persona... era usted.
- RICARDO. Yo!... yo!... (*Dudando.*)
- DOCTOR. No lo niegue usted. Cogió usted ese líquido para narcotizar á una joven.
- RICARDO. Es cierto, Doctor. (*Con resolución.*)
- DOCTOR. Esa joven era Clotilde.
- RICARDO. ¿Clotilde?... También es cierto.
- DOCTOR. Como es cierto que fue un crimen lo que cometió usted en aquella ocasión.
- RICARDO. ¿Un crimen?... Permitame usted...
- DOCTOR. Un crimen horrible... indigno del que una sola vez le haya yo tendido la mano de amigo.
- RICARDO. Tiene usted razón; fue una falta.
- DOCTOR. Que reparará usted; así lo espero. El primer paso que da el criminal hacia el arrepentimiento, es comprender que ha delinquido, y usted lo comprende.
- RICARDO. ¿Y cómo reparar...?
- DOCTOR. Casándose con ella.
- RICARDO. (*Con alegría.*) ¿Casarse... ella... conmigo!... ¿Y ella consiente?...?
- DOCTOR. Consentirá.
- RICARDO. (*Comprendo. Mi tentativa se ha descubierto, y su reputación...*)
- DOCTOR. ¿Qué piensa usted?
- RICARDO. Que si eso sucede seguirá usted siendo mi ángel salvador. ¿Y cuándo se efectuará la boda?
- DOCTOR. No es posible acelerarla, á causa de las contingencias...
- RICARDO. ¿Qué contingencias?... ¿Qué dice usted?... No le entiendo.
- DOCTOR. ¿Luego no sabe usted la desgracia que aqueja á esta familia?
- RICARDO. No, Doctor; acabo de regresar de un largo viaje, é ignoro...
- DOCTOR. Pues sepa usted, que únicamente la voluntad de Dios puede volver á esta casa la tranquilidad; que Clotilde...
- RICARDO. ¡Clotilde!...
- DOCTOR. Aquí viene. Venga usted conmigo, que no nos vea.

RICARDO. ¡Gran Dios!... ¡Clotilde!... ¡En qué estado! ¡qué palidez! ¡qué mirada!...

DOCTOR. ¡Chist!... Venga usted. *(Se retira al foro derecha.)*

ESCENA II.

DICHOS.—CLOTILDE, *con una flor.*

CLOTILDE. ¡Pobre flor!... ¡Nacida tan hermosa, para vivir tan poco! *(La va a oler.)* ¡No... no!... tu aroma me embriaga, me vuelve loca, me mata, y... *(La tira.)* ahora no tengo derecho para morir.

RICARDO. ¡Ah, Doctor!... Cualquiera diría que su juicio...

DOCTOR. ¡Silencio!

CLOTILDE. Sola en el mundo... abandonada por él... no me dejan ni aun el consuelo de ver a mi hijo!

RICARDO. ¿Su hijo?...

CLOTILDE. ¡Mi hijo!... mi... mi... *(Recordando.)* ¿Cómo se llama?... ¿Cuándo vino al mundo?... *(Con alegría.)*

¡Ah! Sí... me acuerdo muy bien... Le cogí, le estreché contra mi corazón, le inundé de lágrimas... y después... después... un velo negro se extendió en mi pensamiento, en mi memoria... y ya no sé más... no me acuerdo de más... ¿Pero cómo se llama? *(Con tristeza.)* ¡Oh! ¡Esto es horrible!... ¡Una madre que no sabe el nombre de su hijo!

RICARDO. ¿Con que es verdad? ¿Con que su razón...?

CLOTILDE. ¡Habrá mayor dolor que que me le quiten, que le escondan... que yo no pueda verle nunca!... Sí, yo quiero que me lo devuelvan, tenerle a mi lado... mecerte en mis brazos... ¡Quiero abrazarle siempre! siempre!

RICARDO. Llora a pesar mío.

DOCTOR. Y hoy es el día más tranquilo de su locura.

CLOTILDE. ¡Chist!... *(Presta atención por la puerta izquierda.)*

Creo que duerme. No... no duerme... debería oír su voz. ¡Oh! Este silencio me hace daño... ¡Hijo mío!... ¡Si aún no hablas!... no importa... llora, para que no crea que has muerto... *(Con horror.)*

¡Muerto!... ¡muerto!... ¿Y quién se ha atrevido a matarme a mi hijo? ¡Mi hijo!... mi... *(Buscando.)*

¡Ah! ¡No está!... ¡no está!... ¡Hijo mío!... ¡hijo mío!... *(Mirando por la puerta izquierda.)* ¡Já! ¡Já! ¡Já!... ¡Ahí está! en su cuna.

DOCTOR. En todas partes le vé.

CLOTILDE. Si vivo yo, ¿cómo era posible que hubiera muerto él?... ¡Já! ¡Já! ¡Já!...

ESCENA III.

EL DOCTOR.—RICARDO.

ESCENA II.

DOCTOR. Don Ricardo...

RICARDO. ¡Esto es horrible!

DOCTOR. ¡Tan jóven, tan hermosa!...

RICARDO. ¡Y decir en su locura qué es madre, qué su hijo!...

DOCTOR. No es locura.

RICARDO. ¿Qué dice usted?... (*Admirado.*)

DOCTOR. Que es madre y tiene un hijo... su hijo de usted.

RICARDO. ¡El mío!... ¿Cómo el mío?

DOCTOR. Por eso exijo de usted...

RICARDO. Despacio, Doctor... vamos despacio.

DOCTOR. ¡Cómo! ¿Se atrevería usted á negar...?

RICARDO. Permitame usted, amigo mío, y razonemos despacio. Que mi culpable tentativa, descubierta no sé cómo, comprometiendo la reputación de Clotilde, me imponga deberes hacia ella, lo comprendo. Que ese atentado... que ese sueño letárgico, inesplicable para ella; que el peligro que ha corrido haya agitado su espíritu... extraviando su razón... muchos meses despues... es algo incomprendible; pero, en fin... aun lo comprendo.

DOCTOR. Ricardo...

RICARDO. Repito á usted que lo comprendo, y esto hace el elogio de mi inteligencia. Pero, cuando usted me hizo dormir, en el momento en que iba á entrar en el pabellon, mientras Clotilde dormía á una gran distancia de mí; que de esta tentativa frustrada haya resultado una criatura... y que yo, sea su padre... es imposible, es absurdo, y he ahí por lo cual jamás lo comprenderé.

DOCTOR. ¿Pero cuando llegó el criado con la carta y el pañuelo, no salía usted del pabellon?

RICARDO. Iba á entrar en él, Doctor.

DOCTOR. ¿Qué dice usted?

RICARDO. Lo que usted oye. ¡Cuántas veces le he vendecido por haberme detenido en el camino!

DOCTOR. ¿Será verdad?...

RICARDO. He dado á usted mi palabra de honor, y yo no salto á ella.

DOCTOR. Entonces... ¿quién... quién ha llevado á cabo el crimen que usted intentó?

RICARDO. No lo sé, Doctor.

DOCTOR. ¿Y van á ser inútiles mis pesquisas?... Yo, que he ofrecido á don Pedro, á Laura... Yo, que necesito saber quién es el criminal, para qué repare su falta!

RICARDO. Si en algo puedo ayudar á usted...

DOCTOR. Sí, ayúdeme usted á descubrir este enigma.

RICARDO. Disponga usted de mí

DOCTOR. Laura viene.

RICARDO. Permitame usted que me retire un instante; al momento soy con usted.

DOCTOR. Adios.

RICARDO. ¡Adios! *(Se dan la mano.)*

ESCENA IV.

DOCTOR. — LAURA.

DOCTOR. ¿Con qué no es Ricardo?

LAURA. ¡Gracias á Dios que encuentro á usted, Doctor!

DOCTOR. ¿Pues qué ocurre?

LAURA. ¿Ha visto usted á Clotilde?

DOCTOR. Hace un momento que se ha marchado de aquí.

LAURA. ¡Respiro! Hacía ya dos horas que no la veía, y como conviene no perderla de vista...

DOCTOR. ¿Y quién ha de cuidar de ella mejor que usted? su hermana, su...

LAURA. ¡Su hermana!... Para ella he dejado de serlo hace mucho tiempo. No me conoce. Cada día me da un nuevo nombre.

DOCTOR. ¡Es verdad! ¡Síntoma fatal... el más horrible de todos! En fin, tenga usted paciencia, y confíe en Dios...

LAURA. ¡Ay, Doctor!

DOCTOR. Vuelva usted á su lado.

LAURA. Antes quisiera advertir á usted un peligro que nos amenaza.

DOCTOR. ¿Un peligro?

LAURA. Usted sabe que Clotilde repite sin cesar, en su delirio, el nombre de Pablo?

DOCTOR. Sí.

LAURA. Que le amó, que aún le ama; que su presencia podría ser perjudicial á mi hermana?

DOCTOR. ¿Y qué?

LAURA. Que Pablo, dentro de un momento, estará aquí.

DOCTOR. Sí, yo le he citado, y es preciso que le vea al instante.

LAURA. Pues no hay tiempo que perder.
DOCTOR. Corra usted y entreteenga á Clotilde mientras yo...
LAURA. Aquí está Clotilde. (*Clotilde se presenta en la puerta izquierda.*)
PABLO. (*Dentro.*) Está bien; yo los encontraré.
LAURA y DOCTOR. ¡Dios mío!

ESCENA V.

DICHOS.—CLOTILDE.—PABLO.

CLOTILDE. ¡Esa voz!... la voz que acabo de oír...
PABLO. ¡Ella es! (*Dirigiéndose á Clotilde.*)
DOCTOR. ¡Silencio! (*A Pablo.*)
PABLO. ¡Clotilde!
CLOTILDE. ¿Eres tú?... Dí, ¿eres tú?... Responde; pero... respóndeme. ¡Cualquiera diría que te causo miedo!
PABLO. ¡Oh, Dios mío!... ¡Ella... es ella!
CLOTILDE. Vámonos... ¿pues no llora?... No, no llores. Tus lágrimas me hacen daño... Vámonos, no llores y mírame.
PABLO. Pero, ¿qué significa...?
DOCTOR. No la interrogue usted. (*A Pablo.*)
PABLO. ¿Pero no vé usted que no sé nada, que no comprendo nada, y que mi corazón se despedaza como el suyo?
CLOTILDE. ¡Ah! ¿Tú también sufres?... Pues bien, quédate conmigo; tú me dirás la causa de tu desgracia, y yo... yo... yo te hablaré de él.
PABLO. ¿De él?...
CLOTILDE. De él... á quien amo. Le veo todas las noches... viene á sentarse á mi lado, y mezcla sus lágrimas con las mías... pero cuando quiero hablarle, me mira con cólera diciéndome: «¡Clotilde, dígame usted el nombre de ese infame!» Yo me arrojo á sus pies, suplicante, desesperada, diciéndole: «Pablo, no me acuses, no me maldigas... Si; este niño es mío, es verdad... pero su padre... no comprendo... no sé... porque yo no he amado á nadie más que á ti...»
PABLO. ¡Dios mío!
CLOTILDE. Pero mis lágrimas, mis súplicas no le desarmen... ¡Con cuánta crueldad se venga de mí!
PABLO. ¿Qué dices?

ESCENA VI.

DICHOS. — D. PEDRO.

PEDRO. (Asustado.) ¡Laura?... ¡Laura?... ¿Dónde está mi mujer? ¡Ah! Doctor... ¿Pablo aquí?

DOCTOR. ¡Chist!... ¿Qué es eso? Está usted pálido, temeroso... ¿Qué ocurre?

PEDRO. ¡Una nueva desgracia! ¡El niño ha desaparecido!

LAURA. ¡Gran Dios!

DOCTOR. Me lo estaba temiendo. ¡Ah, señoral ¡por qué se ha separado usted de él?

PEDRO. Tal vez Clotilde le haya escondido, como lo ha hecho otras veces. ¿Pero quién sabe dónde?... en medio de su delirio...

LAURA. ¡Ah! Corramos á buscarle.

DOCTOR. Eso es... vamos, busquemos por todas partes, recorramos el jardín, sus alrededores... todo.

LAURA. Ven, ven.

PABLO. Doctor... la agitación de don Pedro, la de usted... ¿qué ocurre? ¿Qué desgracia nos amenaza?

DOCTOR. Déjeme usted, y no se separe de su lado, no la abandone, y que Dios nos proteja!

ESCENA VII.

CLOTILDE. — PABLO.

CLOTILDE. ¿Ya no estás ahí? ¿Ya me has abandonado? ¿No quíeres que te hable de él?

PABLO. ¡Ah! Sí. Habla, háblame de él... de él, que es muy desgraciado!

CLOTILDE. ¿Desgraciado?... ¿Pablo?... ¡Ah no... no lo es... no puede serlo. Toma lee: (Sacando un papel y leyendo.) «Anuncio á usted el matrimonio de don Pablo »Mendoza con doña Luisa...»

PABLO. No, no... no lo creas... ¡jamás!

CLOTILDE. (Señalando con un dedo lo escrito.) «Anuncio á usted...»

PABLO. Vamos, Clotilde, vuelve en tí... recoge los últimos restos de tu razón, para escucharme, para comprenderme.

CLOTILDE. Sí, sí, ya te oigo.

PABLO. Pues bien, Pablo... ¿me entiendes?... es siempre

- tuyo. La reparacion que fue á ofrecer á otra mujer... esta mujer la ha rehusado... porque no se la debia... Es libre, te digo... Pablo es libre.
- CLOTILDE. ¿Libre... Pablo?... —
- PABLO. ¿Me has entendido?
- CLOTILDE. Sí, te he entendido; pero no te creo... (Volviendo á señalar.) «Anuncio á usted el matrimonio...»
- PABLO. ¡Cielos! (Va á quitarla el papel, ella lo retira y se lo guarda.)
- CLOTILDE. Tú no le conoces.
- PABLO. ¡Desgraciada!
- CLOTILDE. Yo... la primera vez que le vi... me acuerdo muy bien... me habló de sus flores... me dijo que las amaba... como yo amaba á las mías!... Sí... era una noche... clara; muy clara; el reloj daba las siete...
- PABLO. ¡Las siete!... ¿Qué recuerdo!
- CLOTILDE. Cuando se separó de mí. Entonces recé á la Virgen y entré en mi pabellon.
- PABLO. ¡Dios mio!... ¿Qué dice?
- CLOTILDE. Encontré un ramo de flores y... no, no hablemos más de esto.
- PABLO. ¡Oh! Habla... continúa... lo necesito... (Habla, por favor!)
- CLOTILDE. ¿Por qué?... ¿Acaso tú vas á explicarme de dónde piovino aquel extraño sueño?
- PABLO. ¡Ah!
- CLOTILDE. ¡Aquel sueño... aquel horrible sueño!...
- PABLO. ¡Cielos! ¡Un sueño... el pabellon!... Todo lo comprendo. ¡Clotilde... perdon... perdon! (Arrodillándose.)
- CLOTILDE. No... no quiero hablar más de ello... Quiero olvidarlo todo... todo, excepto á mi hijo.
- PABLO. (Levantándose.) ¿Su hijo?... ¡Su hijo... que es el mio! ¿Dónde está?
- CLOTILDE. ¡Já! já! já! já!... (Riendo.)
- PABLO. ¿Quiero verle! (Cogiéndola de la mano.) Ven, conduceme á su lado!
- CLOTILDE. Me lo quieres quitar como los demás, ¿no es cierto?... Todos quieren quitarme á mi hijo... Já! já! já!... Ahora desafío á que me le quiten.
- PABLO. ¿Cómo?
- CLOTILDE. Escucha. Nadie me dejaba verle... todos le separaban de mi lado... ¡Separar á un hijo de una madre!... Hoy, hace un instante, le hallé solo... ¡no habia quien se opusiera á mi felicidad! Me le llevé

- dormido en su cuna, y buscando un sitio donde esconderle para que no me lo volvieran á quitar...
PABLO. ¿Qué?... Habla. Para que no te lo volvieran á quitar...
CLOTILDE. Bajé á la playa... estaba rendida... no podía ya con mi niño...
PABLO. Sigue.
CLOTILDE. El mar, al bañar mis pies... parecía que me decía... » ¡Confíame á tu hijo... que yo te lo conservaré! » y...
PABLO. Y...?
CLOTILDE. Dejé la cuna sobre las aguas.
PABLO. ¡Cielos!
CLOTILDE. Y mi hijo se alejaba moviendo sus manitas con alegría y mandándome con ellas un millon de besos.
PABLO. ¡Ah, desgraciada! ¡Has muerto á nuestro hijo!... ¡Al mio! ¡lo oyes?... ¡al mio!
CLOTILDE. *(Desde este momento va volviendo á la razón.)* ¡Altuyo? ¡Tú eres el padre de mi hijo? Y yo, su madre, le he muerto!... ¡Habla! ¡habla!... ¡Yo he muerto á mi hijo? ¡Yo!
PABLO. Sí; ¡tú eres el asesino de nuestro hijo!
CLOTILDE. ¡Pablo! ¡Pablo!... ¡No me digas que yo he muerto á mi hijo... no, no me lo digas!... ¡Já! já! já!...
PABLO. ¡Socorro! ¡Favor!

ESCENA VIII.

DICHOS.—EL DOCTOR.—LAURA.—D. PEDRO.

- DOCTOR. ¡Gran Dios!
PABLO. ¡Doctor! ¡Doctor! ¡Me ha reconocido!
DOCTOR. ¿Será verdad?... ¡Qué esperanza!
PABLO. ¡Pero mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?... ¡Todos callan!... ¿Luego es cierta mi desventura?... ¿Le he perdido? ¿Ha muerto?

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—RICARDO.

- RICARDO. *(Con una cuna y un niño.)* ¡No!
TODOS. ¡Ricardo!
RICARDO. Nuevo Moisés, se ha salvado!
PEDRO. ¡Y usted ha sido la hija de Faraon?

SOBRE LA MARCHA, juguete cómico en un acto y en verso, de D. Pelayo del Castillo.—Actores tres.—4 rs.

UNA CRIADA PARA TODO, comedia en un acto y en verso, tomada del francés, por D. Joaquín Guillermo de Lima.—Actrices una; actores uno.—4 rs.

TRES REYES Y TRES DAMAS, comedia en tres actos y en verso, arreglada del francés por D. Joaquín Guillermo de Lima.—Actrices dos; actores seis.—8 rs.

VALERIANA, melodrama en un acto y en verso, arreglado del francés, por don Joaquín Guillermo de Lima.—Actrices tres; actores seis.—4 rs.

MATAR DOS PÁJAROS, zarzuela en un acto, original de D. José Segarra.—Actriz una; actor uno.—4 rs.

EL REY SE TRAGÓ LA PÍLDORA, zarzuela bufa en dos actos y en verso, original de los señores Somoza y San Martín.—Actrices dos; actores seis.—6 rs.

LA CAZA EN EL MOLINO, juguete lírico-cómico en un acto y en verso, original de D. J. G. de L. y M.—Actriz una; actores cinco.—4 rs.

LA CAPILLA DE MERLUZA, parodia en un acto y en verso, original de don Eduardo Montesinos.—Actriz una; actores cinco.—4 rs.

CANDIDEZ Y TRAVESURA, zarzuela en un acto y en prosa, por D. Gerónimo Moran.—Actrices tres; actores dos.—4 rs.

UN CLUB, disparate cómico-cantable en dos actos, originalidad de D. Joaquín Guillermo de Lima.—Actrices dos; actores seis.—6 rs.

TRES PERSONAS DISTINTAS Y UN SOLO AMOR VERDADERO, zarzuela en dos actos y en verso, original de D. Joaquín Guillermo de Lima.—Actrices dos; actores cuatro.—6 rs.

LA VIRGEN DEL PERDON, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo de la ópera *Dinhora*, por D. José Zorrilla.—Actrices cuatro, actores siete.—8 rs.

LAS CULPAS DE LOS PADRES, drama en tres actos y en verso, original de don José Zorrilla.—Actrices cinco, actores cinco.—8 rs.

VENGANZA DE AMOR, comedia original en tres actos.—8 rs.

LOS YERNOS DE D. SIMON, zarzuela en dos actos, arreglada del francés.—6 rs.

EL CASERO, escenas de la vida de alquiler, juguete cómico en un acto, en prosa y verso, original de D. Eduardo Saco.—Actrices dos; actores cuatro.—4 rs.

EL VERDUGO DE SÍ MISMO, drama en un acto y en verso, original de D. Angel Rodríguez Chaves.—Actrices una; actores tres.—4 rs.

EL CHALAN, zarzuela en un acto y en verso, original de D. Luis Blanc.—Actrices una; actores cinco.—4 rs.

EL QUE AL CORAZON NO LLAMA... balada de costumbres antiguas en un acto y en verso, original de D. Manuel Urban Arnedo.—Actrices dos; actores cuatro.—4 rs.

LA FLOR DEL UMBRIO, drama en un acto y en verso, original de D. Angel Rodríguez Chaves.—Actrices dos; actores dos.—4 rs.

AMOR EN LA AUSENCIA, drama en un acto y en verso, original de D. Angel Rodríguez Chaves.—Actrices dos; actores tres.—4 rs.

EL RAMO DE FLORES, comedia en tres actos, arreglada del francés por D. Florencio Moreno Godino y D. Luis Pacheco.—Actrices dos; actores cinco.—8 rs.

A LA PUERTA DE LA FABRICA, disparate cómico en un acto y en verso, original de D. Pelayo del Castillo.—4 rs.

Y otras varias, dramáticas y líricas.

LISTA DE LOS CORRESPONSALES DE PROVINCIAS.

Albacete, D. Crispulo Cid Lopez.
Alicante, D. José Conart.
Antequera, D. Francisco Espejo.
Almería, Sres. Alvarez hermanos.
Alcalá de Henares, D. Zacarías Bermejo.
Avilés, D. Maximiano Roman Alvarez.
Baeza, D. Casimiro Fernandez Almagro.
Burgos, D. Timoteo Arnaiz.
Bilbao, Sra. Viuda de Delmas.
Badajoz, D. Fermin Coronado Romero.
Barcelona, D. Isidro Cerdá.
Ciudad-Real, D. Perfecto Acosta.
Córdoba, D. Manuel García Lovera.
Cuenca, D. Manuel Mariana.
Cádiz, D. Manuel Morillas.
Coruña, D. José Lago.
Carmona, D. José M. de Eguiluz.
Cartagena, D. Francisco Vigo.
Escorial, D. Sabas Herrero Castaño.
Ecija, Sra. Viuda de Geuli.
Figuerras, D. Mariano Alegret Colom.
Ferrol, D. Nicasio Taxonera.
Gerona, D. Vicente Dorca.
Granada, D. José M. de Fuensalida.
Graus, D. Tomás Perales.
Gijón, D. N. Crespo y Cruz.
Guadalajara, D. Rafael Onana Medrano.
Huesca, D. Raimundo Guillen.
Jerez de la Frontera, D. José Ruano.
Jaca, D. Miguel Berbiela.
Logroño, D. Plácido Brieba.
Lucena, D. Juan Bautista Cabeza.
Lisboa, D. Miguel Mora.
Lugo, Sra. Viuda de Pujol y hermano.
Málaga, D. Francisco de Moya.
Id. D. José García Taboada.
Monzon, D. Manuel Castro.

Murcia, D. Anselmo Arques.
Mataró, D. Narciso Clavell.
Oviedo, D. Juan Martínez.
Ocaña, D. Vicente Calvillo.
Orense, D. José Ramon Perez.
Pontevedra, D. F. Buceta Salla y C.
Palma de Mallorca, D. José Gilabert.
Ronda, D. Juan José Moreti.
Reus, D. Juan Bautista Vidal.
Rio-seco, D. Marcelo Prádanos.
Santa Cruz de Tenerife, D. Felipe Miguel Poggi.
Soria, D. Francisco P. Rioja.
Sanlúcar de Barrameda, D. Inocencia de Oña.
San Sebastian, D. Antonio Garaldo.
San Fernando, D. José Gay.
Santiago, D. Bernardo Escribano.
Salamanca, D. Rafael Huebra.
Sevilla, Sres. hijos de Fé.
Teruel, D. Francisco Baquedano.
Tuy, D. Enrique Cruz.
Talavera de la Reina, D. Angel Sanchez de Castro.
Tarazona, D. Pedro Veraton.
Ubeda, D. Tomás Perez.
Vitoria, D. Justo Oquendo.
Velez-Málaga, D. Leandro Perez Mateo.
Valencia, D. Francisco de Paula Navarro.
Valladolid, D.ª Adelaida Herrainz, viuda de Jove.
Vigo, D. Manuel Fernandez Dios.
Wich, D. Juan Soler y C.
Zaragoza, D.ª Petra Heredia.
Zafra, D. Andrés Baroma.
Zamora, D. Valentin Fuertes Yañez.

HABANA, D. M. Lopez y Compañía.

EN MADRID, Casa del editor, calle de Hortaleza, núm. 5, piso segundo de la izquierda, y en la librería de San Martín, Puerta del Sol, núm. 6.